

En la muerte de Adolfo Costa du Rels: un encuentro en la eternidad

Por Guillermo Céspedes Rivera

Estos son recuerdos de un cronista para quien abrió el cofre de sus recuerdos una figura que ya no está con nosotros. El escritor desnudaba su espíritu y lo presentaba a los ojos curiosos del periodista sin ningún velo. Dialogaban sobre el pasado. De vez en cuando, una pequeña confusión de fechas. En seguida la rectificación. D. Adolfo Costa du Rels tomaba de la mano a su amigo y lo llevaba al camino de las evocaciones.

Desde el pasado lunes 26 ya no hubo ese encuentro. El cronista quedó solo, con el alma desgarrada y los ojos cubiertos de niebla. Se fue el amigo de París, Roma, Buenos Aires, La Paz. El libro de los recuerdos quedó brutalmente cerrado por la muerte.

El encuentro se prolongaba y no tenía fin. Las sombras de la noche se aproximaban de prisa. Un aroma de asfódelos, el perfume de la muerte, envolvía poco a poco. La voz del escritor iba apagándose mientras con los ojos cerrados retrocedía en el tiempo.

El diálogo dominical era una especie de rito para una reconstrucción de la historia. D. Adolfo volcaba todos sus recuerdos sobre el cronista. Juntos regresaban por un camino cubierto de nieblas prematuras. De la Avenida Kleber, en París, al Grand Hotel de Roma, donde Axel Munthe recogió los mejores relatos de su vida. Luego, del Plaza Hotel de Buenos Aires a La Paz. En esta excusión por el pasado desfilaban todos los personajes que impresionaron su vida.

Una tarde surgió, impensada, la Miskki-Simi.

En su alojamiento del decimoquinto piso de un moderno edificio de la Avenida Arce, sentimos que junto a nosotros había algo que parecía vivo y, sin embargo, era irreal: una sombra de mujer. ¿Cómo era la Miskki-Simi?, ¿fue una realidad o simplemente fruto de la fantasía?

En una crónica tan vieja que ya tiene tres años, se dijo algo de esa inolvidable figura que aparece bailando una cueca en las páginas más bellas del literato. Las respuestas de D. Adolfo reventaban de prisa como estrellas deshechas por un latigazo divino. El fantasma se agitaba inquieto en un sillón de otros tiempos.

Las luces empezaban a dar saltos en los cerros de Miraflores. La noche golpeaba con sus dedos de terciopelo las ventanas del escritorio, como si buscara un refugio para olvidar sus preocupaciones.

Mientras fluían las palabras, bellamente hilvanadas, y se desenredaban los recuerdos de color, la Miskki-Simi escuchaba sonriente cómo la describía el viejo amigo de Uyuni, la tierra donde se dan cita todos los vientos de la tierra y las nubes están hechas de sal en polvo.

—Era lindísima y tenía los ojos verdes, alucinantes—recordaba el escritor. Atendía una chichería donde también podía comprarse cigarrillos “sucrenses”, orgullo de la familia Villa.

Anclaban ahí tofos los jóvenes—y viejos—de Uyuni, atraídos más por los encantos de Ángela que por la dorada y traicionera chicha. Ella distribuía sonrisas con la mayor generosidad. No le costaba nada. Entregaba ampliamente su carne y su espíritu. Seducía aun a los más endurecidos. Nadie resistía las quemaduras de sus ojos, luciérnagas napolitanas con chispas de oro.

El encuentro fue rápido. Le tocó al escritor seguir por otros caminos menos áridos, con tareas menos prosaicas como hacer desfilar números en grandes hojas de papel cuadriculado.

Los “caballeros” eran los preferidos de Ángela, pero junto a ellos rondaba el temible espectro, seductor y cargado de mieles y venenos del encolamiento. Resultaba fácil rendirse ante los encantos de la Miskki-Simi. Se corría el riesgo de caer en una telaraña de caricias. Las cadenas del embrujo amenazaban la vida de los incautos. El embrujo era irresistible, pero se podía terminar como el amigo de la Claudina de Carlos Medinaceli.

Costa du Rels dejó Uyuni. Dio un salto al viejo mundo. Paseó por la Córcega de su padre. Europa lo retendría por largos e inolvidables años. Su fama crecería “como las sombras cuando llega la noche”. En Bolivia quería volver a París, a Venecia, a Florencia.

—No quisiera morir sin ver otra vez Nápoles. Es maravilloso regresar a los lugares que nos impresionaron tanto en otros tiempos. Si mi médico lo permite haré un viaje a Europa para cumplir ese deseo... volver... recordar... recorrer los lugares más bellos que descubrí en otra época. Florencia...

(No pudo cumplir sus deseos. El martes 27, al mediodía, se fue a Sucre para descansar definitivamente en el bello cementerio de la capital).

La Miskki-Simi murió a los 34 años, contaba con pena el escritor. Antes, había recibido del canciller de la República —cargo que ocupó fugazmente D. Adolfo— una tarjeta postal con saludos de navidad.

La respuesta llegó puntualmente. Su “atenta servidora Ángela Closa” agradeció la atención de su lejano amigo, aquel espigado jovencito que pasó por Uyuni como un relámpago.

La crónica de ayer concluía con un toque de tristeza. Había un asiento vacío delante de los dos amigos. Ella se fue con la tarde fugitiva. Se sintió un soplo frío, un pequeño golpe de viento. La puerta se cerró suavemente como si la visitante no quisiera arrancarnos de un mundo de recuerdos.

—Pero, ¿estuvo realmente aquí, D. Adolfo?, ¿no la vio cuando llegó? Nos miró y se fue sin decir nada. ¿La sintió usted que la conoció tanto? ¿No vio cómo ardían sus ojos como si fuesen dos luceros de esmeralda agonizante? ¿No escuchó lo que dijo, con voz de seda “soy una bambina”?

Antes de que el escritor nos abandonara para dormir en su refugio chuquisaqueño, la Miskki-simi apareció por última vez en “Los Andes no creen en Dios”. Hoy día, en los interminables caminos de la eternidad, se ha repetido el encuentro de Uyuni. Se reanudará el diálogo de otros tiempos. El escritor, un poco cansado, estará jugando con un puñado de estrellas, mientras en los ojos de la Miskki-Simi bailarían dos luceros tan deslumbrantes como esos faluchos y tantas joyas que eran un homenaje a su belleza que se confundió con las cenizas de Uyuni.

Una sombra vestida de luto ha reanudado el diálogo de otros tiempos. Habrá que contar muchísimas cosas. Felizmente, allá lejos, el tiempo no termina nunca. El escritor dispondrá de jornadas interminables para rehacer la historia, pero el cronista, amigo de largos años, seguirá con la mirada fija en el avión que se llevó a D. Adolfo en su último viaje a Sucre.